



H. R. GIGER: LO BELLO Y LO HORRIBLE

La mujer a través de su obra

AUTORA:
IRENE
TORRECILLA
SERRANO

1. PARA EL QUE SIEMPRE HA TRABAJADO Y EN EL QUE ENCAJA SU ESTILO A LA PERFECCIÓN.

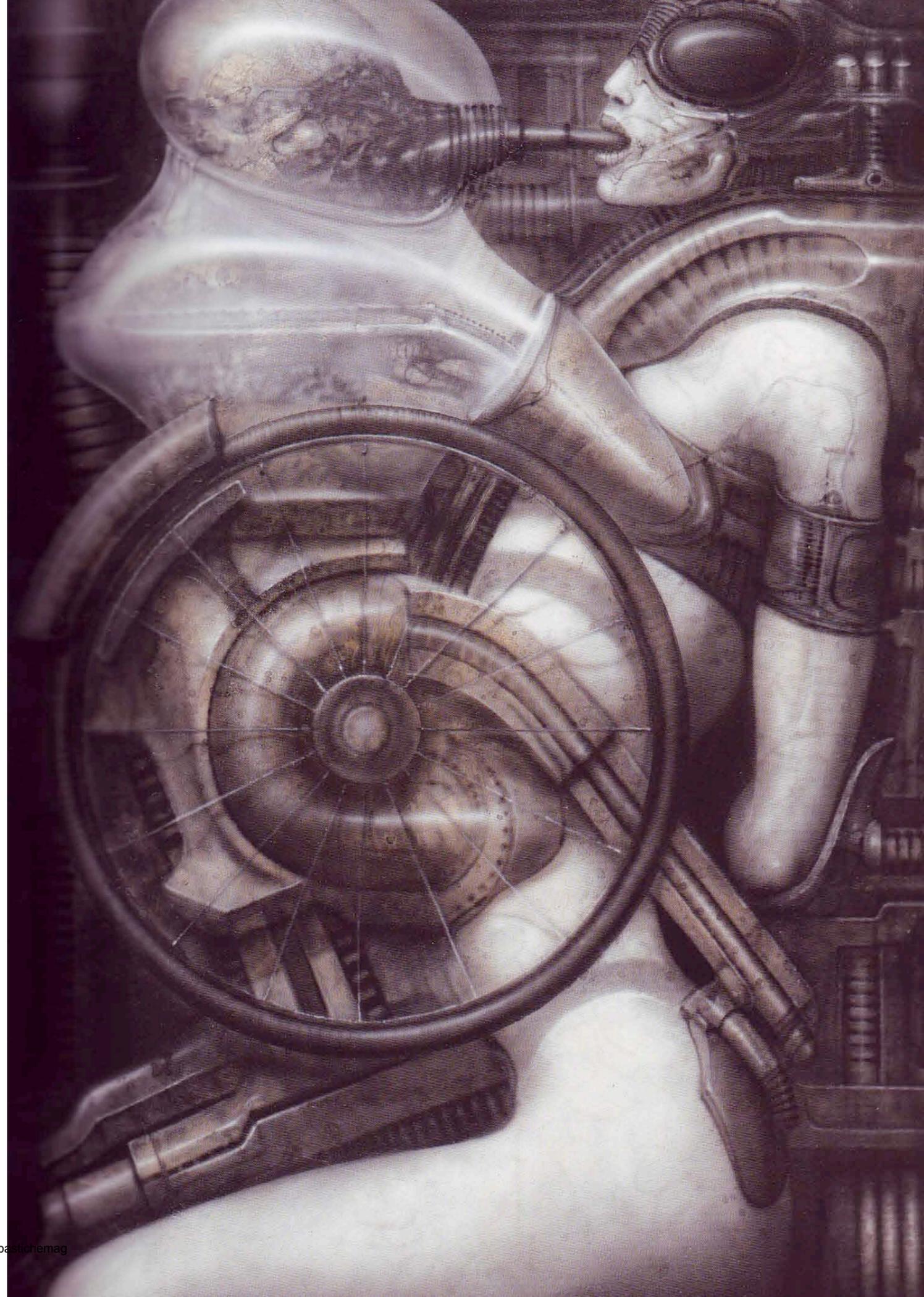
2. AUNQUE TAMBIÉN TRABAJE LA ESCULTURA, SERÁ EN SUS DIBUJOS Y PINTURAS DONDE SE CONCENTRARÁN ESTAS ESCENAS.

Hans Ruedi Giger (1940, Suiza) es un artista muy poco reconocido fuera del mundo del cine, para el que ha realizado numerosos diseños como es el caso del terrorífico Alien, por el cual se llevó un Óscar. Fuera de la Ciencia Ficción¹, resulta repulsivo y extravagante. Sus obras están protagonizadas por la oscuridad y la maquinaria, en las que se visionan actos sexualmente violentos de los que nadie reconoce saber. Aunque también haya obras de otra temática y con otro sentido, nos centraremos a continuación en la relación que genera -mayoritariamente a partir de estas escenas sexuales- entre aspectos completamente opuestos como es lo hermoso y lo monstruoso, el bien y el mal.

Teniendo en cuenta la misoginia latente en los años setenta, Giger ensalza la imagen de la mujer de la manera más sinies-

tra. Esta será la representación del bien, de lo bello, pura armonía, enfrentada a la figura masculina que tomará una forma monstruosa, llegando a convertirse en bestias. Ambas figuras se fusionan a través de su obra, ensalzando así la figura de la mujer, donde se concentra todo lo bonito que puede existir dentro de la misma. Las hermosas mujeres de sus obras son violadas y torturadas por máquinas y monstruos masculinos, creando imágenes completamente surrealistas y que crean cierto rechazo por parte del espectador. Este rasgo es uno de lo más característicos de la obra de Giger.

Sin embargo, también utiliza otras maneras más decorosas de representar a la mujer: presentándolas como diosas, mujeres mitológicas de una presencia potente y cautivadora. Estas resultan tan hermosas como poderosas y, por ello, pueden incluso resultar temibles a los ojos del espectador. Mujeres completamente opuestas a las que hemos desarrollado anteriormente, las cuales demuestran su debilidad y sumisión ante la figura mas-



culina. Es así como nos topamos con esta contradicción “ideológica” existente en los dibujos y pinturas² de Giger: por un lado retrata a diosas, féminas poderosas y hermosas a las que nadie puede conquistar ni dominar; y por otro lado, nos encontramos con horribles escenas en las que la mujer, también de gran belleza, es forzada, violada, maniatada, torturada, sometida y dominada por una figura masculina, un monstruo que disfruta y se divierte a costa de la violenta manipulación bajo la que se encuentra la mujer, la cual está bajo sus dominios y atada a sus necesidades. En este tipo de escenas, la mujer es débil, sumisa al dominador el cual la supera en fuerza; sus expresiones, faciales y corporales, reflejan la pasividad que sienten ante la situación, no demuestran dolor o insatisfacción alguna, pero tampoco se ve pasión o disfrute por parte de ellas. Se convierten en máquinas a las que controlar y manejar, las cuales cumplen su función de saciar al hombre en todos los aspectos posibles. Sin embargo no se pueden calificar como reproducciones misóginas, ya que, al conocer otras obras del artista, podemos contrarrestar y comprender más el sentido de las mismas.

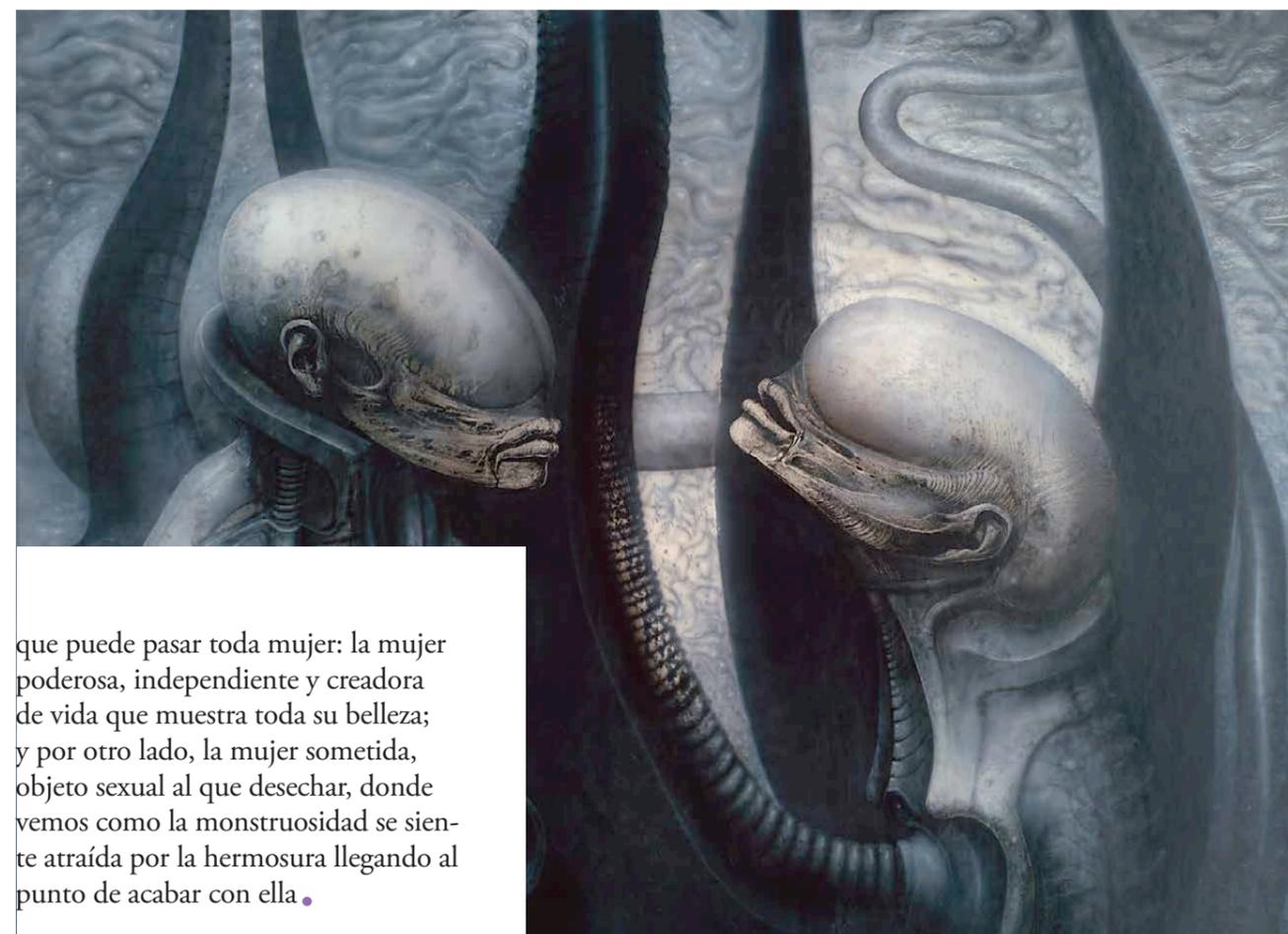
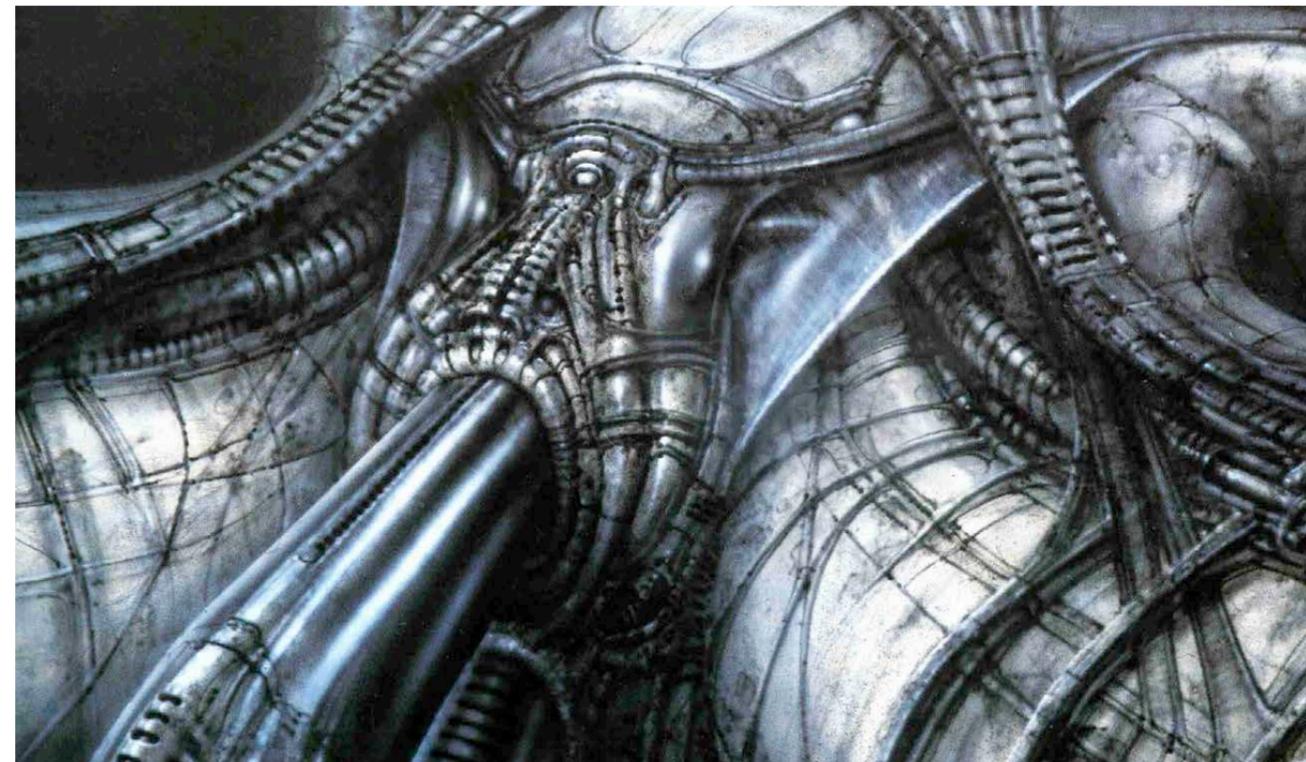
Analizando estas obras de Giger, dentro de la violación sexual observamos que la felación es el acto más explícito en su esclavitud femenina frente al cuerpo del hombre. Un ejemplo claro de ello es su serie *Biomecanoide*, donde las mujeres aparecen atadas sin poder realizar movimiento alguno, mientras un elemento metálico se introduce en sus bocas. En este sentido parece que ellas son las máquinas, estructuras creadas para el servicio, para agradar sexualmente al hombre.

La máquina como enemigo de la mujer se introduce en su cuerpo, contaminándolo para que deje de ser ella misma. La penetración se muestra de la manera más explícita, como podemos ver claramente en *Erotomechanics V*, donde una mujer parece contaminada por la tecnología, la cual se introduce de manera literal en el cuerpo humano, transformándola. Esta, por lo tanto, debe liberarse de la máquina para “empoderarse”, convirtiéndose en una persona que

confía en sí misma y que no teme a nada ni a nadie, cuyo germen podemos apreciar en sus rostros, en los que Giger incide.

Un ejemplo muy conocido del artista es *Li II*, donde el rostro de la mujer inunda todo el marco, mostrando su belleza sin la necesidad de acompañarlo con el resto de su cuerpo desnudo, el objeto de deseo. Al puro estilo de Giger, vemos cómo nacen raíces del rostro de la mujer, generando vida que se adhiere a su piel para sobrevivir. Este es un don que pierden las mujeres del otro aspecto explotado por el artista. Mientras que de unas surge vida, en otras, aquello que no tiene vida se introduce en ellas violentamente. Estas son ideas que Giger representa con una estética propia, donde la tonalidad principal está creada a partir de colores fríos (verdosos y azulados) que inundan la escena de oscuridad. El artista destaca la figura femenina dotándola de una palidez que hace que resalte sobre el resto de la composición, demostrando su pureza, la cual sigue conservando durante este intento de contaminación de la misma. De esta manera entendemos que estas mujeres se parecen más de lo que pensamos, aunque se encuentren en diferentes fases de su autodeterminación: la mujer sometida termina evolucionando y liberándose de esa opresión, convirtiéndose en la mujer pura, la diosa.

Sin embargo, el artista no nos facilita esas imágenes del proceso de levantamiento y enfrentamiento ante el hombre, representado como algo frío que carece de sensibilidad; sólo nos plantea una reflexión con dos estados muy diferentes por los



que puede pasar toda mujer: la mujer poderosa, independiente y creadora de vida que muestra toda su belleza; y por otro lado, la mujer sometida, objeto sexual al que desear, donde vemos como la monstruosidad se siente atraída por la hermosura llegando al punto de acabar con ella •